

## El espacio como mediación: límites y potenciales del marxismo contemporáneo

Francisco Javier Rueda Córdoba  
Universidad Complutense de Madrid  

<https://dx.doi.org/10.5209/ltl.105558>

Recibido: 20/10/2025 • Aceptado: 08/02/2026

**Resumen:** Este artículo aborda la ausencia histórica de una teoría del espacio en el marxismo clásico y revisa los intentos de superarla a partir de autores como Lefebvre y Harvey. A pesar de situar lo espacial en el centro del análisis, sus aportes quedan atrapados en dilemas no resueltos: determinismo frente a refleccionismo, fetichización de la ciudad y limitaciones escalares. Frente a ello, se propone una concepción del espacio como medio (material) de comunicación (cultural). Esta hipótesis permite articular el problema de la mediación entre economía y cultura sin reducir lo espacial a simple escenario ni subsumirlo bajo la temporalidad histórica. El espacio aparece así como terreno activo de hegemonías y contrahegemonías, que organiza accesos, ritmos y resistencias, y al mismo tiempo condensa significados, memorias y expectativas.

**Palabras clave:** Espacio social; Mediación; Materialismo cultural; Hegemonía; Marxismo contemporáneo.

### <sup>EN</sup>Space as mediation: limits and potential of contemporary Marxism

**Abstract:** This article addresses the historical absence of a theory of space in classical Marxism and examines attempts to overcome this gap through the work of authors such as Lefebvre and Harvey. Although they place the spatial at the center of their analysis, their contributions remain trapped in unresolved dilemmas: determinism versus reflectionism, the fetishization of the city, and scalar limitations. In response, a conception of space as a (material) medium of (cultural) communication is proposed. This hypothesis allows for the articulation of the problem of mediation between economy and culture without reducing the spatial to a mere backdrop or subsuming it under historical temporality. Space thus emerges as an active terrain of hegemonies and counter-hegemonies, organizing access, rhythms, and resistances, while simultaneously condensing meanings, memories, and expectations.

**Keywords:** Social space; Mediation; Cultural materialism; Hegemony; Contemporary Marxism.

**Sumario:** Abrir el mapa: por qué pensar el espacio desde el marxismo. Un terreno baldío: cronología de un olvido espacial. El espacio como cuestión pendiente en la tradición marxista. De la ciudad al espacio vivido. Dos avenidas y un callejón sin salida. Lefebvre y la dialéctica espacial. Problemas por resolver. Harvey y la urbanización del capital. Un callejón sin salida. Un jardín cercado: aportes desde el materialismo cultural. Pasajes inadvertidos: la mediación espacial en acción. Conclusiones. Esto no es una plaza. Referencias bibliográficas.

**Cómo citar:** Rueda Córdoba, Francisco Javier (2026). El espacio como mediación: límites y potenciales del marxismo contemporáneo. *Las Torres de Lucca. Revista Internacional de Filosofía Política* 15(2), <https://dx.doi.org/10.5209/ltl.105558>

### Abrir el mapa: por qué pensar el espacio desde el marxismo

El capital -escribía Marx en los *Grundrisse*- “por un lado debe tender a arrasar toda barrera espacial opuesta al tráfico, id est al intercambio, y a conquistar toda la Tierra como su mercado, [y] por el otro lado tiende a anular el espacio por medio del tiempo” (Marx, 1972, p. 31). La frase se ha convertido en una de las más citadas para ilustrar el modo en que el capitalismo somete la geografía a la lógica de la circulación. Sin embargo, más allá de ese apunte, Marx apenas ofreció en su obra un desarrollo sistemático sobre el papel del espacio.

La tradición marxista heredó así una dificultad de fondo, al mostrarse incapaz de pensar lo espacial sin reducirlo a un simple escenario de la producción ni relegarlo a mero efecto secundario de la misma. Si bien es innegable que el espacio, en tanto que categoría, aparece bajo múltiples formas en el pensamiento del filósofo alemán -con relación a la división del trabajo, sosteniendo las tesis sobre el imperialismo y las colonias, o bajo la propia forma de *mercancía* (Marx, 2019)- resulta igualmente claro que, como en otros autores de la sociología y la filosofía decimonónicas, lo espacial en Marx carece de entidad propia y termina siendo concebido, en la práctica, como ese contenedor/consecuencia de las relaciones económicas.

Este artículo parte de dicha ausencia y propone replantear el lugar del espacio en la teoría marxista, sugiriendo que una revisión de su estatus, en diálogo con los principales autores que, dentro de este paradigma, han hecho aportes en torno a la cuestión espacial (Harvey, 1998 [1973], 1989; Lefebvre, 1973 [1969], 2013 [1974]), puede contribuir a replantear otro de los grandes problemas del materialismo histórico: el conocido como “problema de la mediación” entre estructuras materiales y elementos afectivos, simbólicos y culturales de una sociedad dada, entre los procesos productivos y los reproductivos de la misma.

La tesis que aquí se defiende -y que constituye el punto de llegada de este recorrido- es una concepción del *espacio como un medio (material) de comunicación (cultural)*. Se sostiene que el espacio es en sí un elemento clave en la reproducción y el cambio social, que participa activamente en la articulación de lo hegemónico, esto es, “*las prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida*” (Williams, 1988 [1977], p. 131), pero al mismo tiempo en las “*iniciativas y contribuciones alternativas y de oposición que se producen dentro de -o en contra de- una hegemonía específica*” (Williams, 1988 [1977], p. 136). Su materialidad cataliza, facilita, ordena y regula accesos, resistencias, ritmos e inercias; su dimensión cultural condensa significados, imaginarios y memorias tanto hegemónicas como contrahegemónicas. En esta doble condición, el espacio aparece como la mediación concreta en la que se articulan lo económico y lo cultural, lo estructural y lo simbólico, sin recaer en el determinismo lineal de la metáfora base/superestructura.

Para llegar a esta reflexión, se plantea el siguiente plan de trabajo. En primer lugar, se propone un rastreo de la noción de espacio en la teoría marxista, tanto en sus orígenes como en los principales autores que se preocupan por la cuestión y en las tendencias contemporáneas. En segundo lugar, a la luz del primer movimiento, se propone una “re-espacialización” del problema de la mediación a través de un diálogo entre los estudios culturales y la revisión previa.

## Un terreno baldío: cronología de un olvido espacial

### El espacio como cuestión pendiente en la tradición marxista

Resulta evidente que, de todas las disciplinas académicas centradas en lo espacial, la geografía es la que lleva más años aportando al debate sobre el espacio en la obra de Marx. Así, desde hace ya décadas muchos geógrafos marxistas acusan a los textos fundadores del paradigma de tener una “*insuficiente y distorsionada valoración del espacio como elemento integral de la vida económica, política y social*” (Katznelson, 1994, p. 11).<sup>1</sup>

Esta crítica puede ampliarse a la práctica totalidad de la teoría social decimonónica que, salvo la clara excepción de Georg Simmel (Fu, 2022; Šubr y Titarenko, 2020), disolvió la cuestión espacial en una pregunta más amplia acerca de los cambios producidos por la revolución industrial, ya fuera en términos de ruptura entre la comunidad y la asociación (Tönnies, 2001 [1887]), entre la solidaridad mecánica y solidaridad orgánica (Durkheim, 2007 [1893]) o entre la acción social tradicional y la acción racional (Weber, 2014 [1921]). Todas estas aproximaciones compartían la misma visión de un espacio, el de la ciudad, que cambiaba radicalmente su organización: de una forma simple, integrada y homogénea a otra fragmentada, heterogénea y desorganizada (Katznelson, 1994).

En la misma línea, Karl Marx se alinea con esta “forma transitiva” en su explicación de las relaciones de producción capitalistas, y reproduce por esta vía la inatención a la dimensión espacial de las relaciones sociales o de las fuerzas productivas. Hay autores que defienden las huellas de un “Marx geógrafo” en su preocupación por la distribución, el problema de la división del trabajo o la formación de clases (Claval, 1993), pero esas mismas voces señalan cómo lo espacial es al final reemplazado por la función abstracta de este: concentración, desplazamiento, circulación, etc. Salvo contadas excepciones (Fischbach, 2014), existe cierto consenso en que, al articular su “máquina teórica perfecta”, Marx siempre comienza eliminando el espacio o que, dicho de otro modo, divide primero la cuestión temporal de la espacial para después priorizar la primera sobre la segunda (Vargas-Muñoz et al., 2022).

El geógrafo marxista David Harvey, a quien dedicaremos buena parte de la siguiente sección, señala para explicar esta cuestión a las propias intenciones declaradas por Marx en los *Grundrisse*, donde planteaba que

su objetivo al escribir *El Capital* era explicar las leyes generales del movimiento de este, para lo que debía concentrarse exclusivamente en la producción y realización del plusvalor abstrayéndolas y excluyendo lo que llamaba «particularidades» de la distribución [...], ya que estas son accidentales, coyunturales y dependientes del momento y el lugar. (Harvey, 2013, p. 64)

La oración con la que se abre este artículo, igualmente de los *Grundrisse*, apunta a una genuina importancia de la expansión geográfica en el crecimiento del capital, pero también (como lamenta Harvey) a una subsunción del espacio en manos del tiempo.

<sup>1</sup> Traducción propia.

La aseveración de Marx es correcta en su diagnóstico, y pronosticaba mejor que nadie los derroteros de lo que posteriormente se bautizaría como globalización o mundialización. Sin embargo, hay una derivada no buscada de esta máxima que es tan errónea como dañina: en un momento dado, y ante la falta de interés en la obra de Marx sobre las cuestiones espaciales, un efecto causal empírico y contrastable (la desaparición de ciertas barreras geográficas como requisito necesario para la expansión del capital; la evidencia de un “mundo menguante” en términos espaciotemporales; Kirsch, 1995) se torna en una abstracción teórica con fuerza epistemológica: la “disolución de lo espacial por lo temporal”.

Un proceso similar ocurre con la cuestión urbana en el marxismo y su vinculación a la cuestión espacial. En este caso le debemos a Engels varias obras donde lo urbano ocupa el centro. En *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (2020 [1845]) explica cómo los cambios en la organización de la ciudad llevan a cambios en las relaciones entre las clases sociales, denunciando barrios obreros superpoblados, insalubres, mal conectados y segregados de las zonas burguesas. Asimismo, en *Contribución al problema de la vivienda* (2006 [1872]) explica cómo la transformación de la estructura urbana, principalmente a través de políticas y proyectos como los de Haussmann en el París del Segundo Imperio, no es meramente una cuestión arquitectónica o de urbanismo, sino que refleja intereses y relaciones de poder entre clases sociales.

En este caso, el planteamiento de lo espacial como contenedor/consecuencia de los procesos productivos lleva a Engels a describir el paso de la “misericia y segregación” de la clase obrera a la organización proletaria como un proceso casi natural, necesario (Katznelson, 1994, p. 152). Pero el problema central aquí no es tanto ese como la propia elección de “la ciudad” como categoría predominante sobre “el espacio”. Derivada directamente de los orígenes disciplinares de la teoría marxista, ya señalados arriba, la extrema centralidad de la ciudad como objeto de estudio espacial por antonomasia es una constante en el marxismo desde Engels, y se ve reforzada más tarde por la oposición histórica a la escuela ecológica de Chicago. Frente a esta última, que plantea la ciudad como una serie de compartimentos inconexos, la crítica urbana marxista ha tendido a tratarla como un todo, muy en línea con la pretensión holística del materialismo histórico.

Es aquí donde asistimos de nuevo a la transformación de una articulación teórica (lo urbano entendido como totalidad) y de una constatación empírica (la ciudad sufre transformaciones debido a los cambios en el modo de producción) en un *a priori* causal: la ciudad se convierte lentamente en un *fenómeno*, *manifestación* o *consecuencia* de las relaciones de producción en muchos trabajos de orientación marxista, resaltando la complejidad de los procesos que en ella se desarrollan pero delegándola a contenedor/consecuencia del devenir histórico-económico.

## De la ciudad al espacio vivido

La disolución de lo espacial en la ciudad como categoría conlleva al menos dos consecuencias de calado en las posibilidades del marxismo como teoría social. En primer lugar, la ciudad en muchas ocasiones acaba por identificarse con lo urbano, cuando la primera suele referir a infraestructuras materiales, económicas y productivas y lo segundo a un modo de vida (Burgel et al., 1987; Katznelson, 1994). Esto, que puede ser badadí, está en el origen de la dificultad de muchos trabajos ubicados en el marxismo a la hora de entender la direccionalidad de los procesos económicos y culturales en las ciudades contemporáneas.

El segundo problema es, si cabe, aún más complejo. Lo espacial, reducido a una cuestión ciudad-urbanística, queda también fijado en términos de escala. Neil Smith, geógrafo marxista que concebía el espacio como un producto social generado por la lógica capitalista, afirmaba que las propias escalas geográficas no son naturales ni están dadas de antemano, sino que se producen activamente a través de procesos sociales y son parte integral de la dinámica de la acumulación de capital y las luchas sociales (1991, 1992). Aun así, en su propio análisis del desarrollo desigual del capitalismo es incapaz de abandonar dicha escalaridad: “*Tres escalas fundamentales emergen con la producción del espacio bajo el capitalismo: espacio urbano, la escala del Estado-Nación y el espacio global*” (Smith, 1991, p. 135). ¿Cómo entonces podemos construir una categoría analítica que sobrepase los marcos ideológicos del propio capital? ¿De qué manera resolvemos la variabilidad y contingencia propias de la forma-ciudad, de sus procesos de expansión, de sus crisis, de los focos de resistencia y rebeldía que surgen en su interior?

Todo lo anterior genera varias necesidades a partir de aquí, siendo la más importante la de que para rastrear la categoría de *espacio* en la teoría social marxista hay que rastrear la de *ciudad*, pero guardando siempre la precaución de no equipararlas.

A pesar de la ausencia general en el primer marxismo de una preocupación sistemática por lo espacial como categoría propia, en los últimos cincuenta años diversos autores han tratado de enmendar esta laguna. Tonboe (1986) distingue, en los debates que acompañaron a la denominada “reespacialización del marxismo”, dos corrientes principales: los *refleccionistas* (*reflectionists*), que concebían la estructura espacial-material como reflejo de las estructuras y procesos sociales, y los *deterministas espaciales* (*spatialists*), que interpretaban lo social como producto de las estructuras materiales. Los primeros prolongaban así una lectura más ortodoxa del marxismo, donde lo espacial aparecía subordinado a la metáfora base/superestructura; los segundos, por el contrario, atribuían al espacio una capacidad de agencia propia en la configuración de las relaciones sociales. En esta categorización, Tonboe califica al sociólogo catalán Manuel Castells y al geógrafo David Harvey como refleccionistas, mientras que del lado de los deterministas espaciales caerían el francés Henri Lefebvre y el geógrafo estadounidense Edward Soja (Tonboe, 1986).

En este contexto, resulta imprescindible presentar brevemente a los principales autores que han contribuido a reconfigurar la cuestión espacial en el marxismo contemporáneo. Ensayistas como Manuel Castells y Edward Soja han realizado contribuciones relevantes, pero su enfoque presenta limitaciones para el objetivo

de este trabajo. Castells ha sido ampliamente citado por sus estudios sobre movimientos sociales y su crítica a la Escuela de Chicago, a la que acusa de fetichizar el espacio (Katznelson, 1994, p. 112). En *La question urbaine*, por ejemplo, sostiene que la ciudad reproduce la fuerza de trabajo necesaria para el capitalismo, pero su concepción del espacio como reflejo de la estructura social lo sitúa en una posición refleccionista (Castells, 2014 [1972]). Posteriormente introduce una descripción más dialéctica del espacio, pero en *The City and the Grassroots* abandona por completo el marco marxista, renunciando a toda discusión sobre la causalidad y la determinación (Castells, 1983).

En el extremo opuesto a Castells, Edward Soja se ha convertido en una referencia obligada para comprender el giro espacial en la teoría social. En *Postmodern Geographies* (Soja, 1990) denuncia el carácter pasivo con el que el marxismo clásico y buena parte de la teoría social habían tratado el espacio, proponiendo entenderlo como una dimensión activa de las relaciones sociales, atravesada por estructuras de poder, pero también abierta a prácticas de resistencia y transformación. Su noción de espacio como práctica social le lleva a subrayar que las configuraciones espaciales no son meros reflejos de la economía, sino productos culturales y políticos. Posteriormente, en *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and Other Real-And-Imagined Places* (Soja, 1996), amplía esta perspectiva planteando la necesidad de superar la hegemonía del tiempo en la teoría crítica y de concebir el espacio como un campo heterogéneo, múltiple y conflictivo, no reducible a categorías binarias (material/simbólico, real/imaginado). Sin embargo, si bien su enfoque representa un avance fundamental en la consideración del espacio como producción social, desde una óptica marxista su énfasis en la discursividad y en la multiplicidad de espacialidades tiende a diluir el papel de las relaciones materiales y de clase en la configuración espacial. Por esa razón, aunque comparte con Lefebvre la intuición de que el espacio es producido socialmente, la vía de Soja no resulta adecuada para pensar la mediación material-cultural que aquí interesa.

Es justamente en este punto donde se hace más relevante centrar la atención en Lefebvre y Harvey: el primero por proponer una ontología del espacio como producto social sin abandonar su anclaje material y por su absoluta influencia en cualquier abordaje de lo espacial dentro del marxismo; el segundo por recuperar esa tradición dentro de una lectura más ortodoxa y refleccionista, pasando a ser el referente crítico clave de todo debate actual sobre la espacialidad y lo urbano.

## Dos avenidas y un callejón sin salida

### Lefebvre y la dialéctica espacial

Se podría decir que la idea troncal del pensamiento de Henri Lefebvre, el referente más directo para pensar lo espacial en clave marxista, es que la crítica a la economía política queda incompleta si no se incorpora la producción del espacio como dimensión transversal (Vargas-Muñoz et al., 2022). Coincidiendo aquí con Harvey, sostiene que la lógica del valor sólo se realiza produciendo un espacio social capaz de subsumir en términos formales y reales las distintas esferas de la modernidad -economía, política, cultura- y los momentos constitutivos del capitalismo en escalas locales y globales.

Aparte de este diagnóstico, las interpretaciones y relecturas de Lefebvre en los últimos años han sido casi tantas como personas interesadas en él. Citado hasta la extenuación como el que abrió el conflicto sobre lo espacial, conforme su obra fue desarrollándose fueron cada vez más los que lo rechazaron por su clara deriva hacia la fenomenología y por su insistencia en la vida cotidiana, tema que le ocupará en su obra más madura casi por completo (Lefebvre, 1980, 1981, 2004 [1992]).

En *El derecho a la ciudad* Lefebvre introduce varias de las nociones que marcarán su influencia posterior, pero destacando ya un fuerte espíritu heterodoxo. Una de las más interesantes es la contraposición entre valor de uso y valor de cambio aplicada al espacio: del lado del primero, la vida urbana, el tiempo urbano; del segundo, los espacios comprados y vendidos (Lefebvre, 1973). Más adelante añade a esta otra distinción entre “*la ciudad, realidad presente, inmediata, dato práctico sensible, arquitectónico, y [...] lo urbano, realidad social compuesta por relaciones a concebir, a construir o reconstruir por el pensamiento*” (Lefebvre, 1973 [1969], p. 67). El par valor de uso/valor de cambio categoriza la ciudad o partes de esta como posible *mercancía*, pero al tiempo como elemento habitado y vivo que se resiste a esta reducción; la separación ciudad/urbano introduce en su seno las contradicciones del espacio construido, ya que separa entre una realidad material y sensible que nos moldea y unas construcciones (físicas y mentales) que potencialmente puede llegar a albergar. Además, este segundo par no opera como dicotomía, sino como dualidad conectada dialécticamente (Lefebvre, 1973 [1969]).

Es por lo tanto ya en *El derecho a la ciudad* donde Lefebvre plantea la diferencia entre la ciudad y lo urbano, resistiéndose además a la posición epifenoménica sobre lo espacial, mayoritaria en aquel momento. De hecho, sin introducirse de lleno en el debate sobre las mediaciones, constata ya el aumento de la dificultad de este desde su perspectiva cuando plantea que la ciudad,

mediación a su vez, fue el lugar, el producto de las mediaciones, el terreno de sus actividades, el objeto y el objetivo de sus proposiciones. En el texto urbano se transcribieron procesos globales y relaciones generales única y exclusivamente a través de las ideologías, interpretadas por tendencias políticas. (Lefebvre, 1973, p. 73)

El camino abierto por *El derecho a la ciudad* será continuado en *La revolución urbana*, donde anuncia la progresiva (y aún no acabada) urbanización de las sociedades industriales, defendiendo con mayor ahínco el potencial de “lo urbano” como base de las transformaciones futuras de las sociedades capitalistas (Lefebvre, 2003 [1970]). Sin embargo, mientras que el “momento urbano” de Lefebvre rompe radicalmente, como hemos visto, la identificación ciudad-urbano, aún se mantiene la equiparación escolástica entre lo



espacial y la ciudad. Será ya en su ópera magna, *La producción del espacio* donde rompa por completo con ella a través de un análisis filosófico de la categoría de espacio.

*La producción del espacio* es un texto complejo, que analíticamente se podría dividir en tres elementos: un giro ontológico y epistemológico, un modelo analítico y un intento de elaborar una crítica de la economía política del espacio capitalista. En el primer movimiento, Lefebvre parte de una crítica a la filosofía y a la semiología, la primera por convertir el espacio en una “cosa mental” desde Kant, y la segunda por reducirlo a un mensaje y por lo tanto su tratamiento a una lectura (Lefebvre, 2013 [1974], p. 65). Ante un saber espacial fragmentado y excesivamente dependiente del poder, plantea una teoría unitaria que aúne el campo físico, el mental y el social en un espacio lógico-epistemológico, un espacio de la práctica social y un espacio de los fenómenos sensibles, “*sin excluir lo imaginario, los proyectos y proyecciones, los símbolos y las utopías*” (Lefebvre, 2013 [1974], p. 72). Asimismo, confronta las nociones de espacio-tiempo del marxismo por depender excesivamente de la visión hegeliana de un tiempo histórico que “*se solidifica y se fija en la racionalidad inmanente al Espacio*” (Lefebvre, 2013 [1974], p. 81).

Tras la crítica, Lefebvre presenta su contundente tesis central: el espacio (social) es un producto (social), “*un medio de producción, un medio de control y, en consecuencia, de dominación y de poder, pero que escapa parcialmente, en tanto que tal, a los que se sirven de él*” (Lefebvre, 2013 [1974], p. 86). Lo espacial, por lo tanto, desaparece como soporte neutro para convertirse en un terreno opresivo, pero también en uno que nunca puede ser plenamente subsumido, podríamos decir que por su propia extensión y orografía. En este punto de fuga, que recuerda a la posibilidad de fracaso de lo performativo en Butler (1993), está el potencial revolucionario para Lefebvre, la resolución dialéctica que, defiende, no se puede encontrar en cambio en la dimensión temporal por sí sola.

Las consecuencias de su tesis central son al menos tres: la desaparición del espacio-naturaleza inalterado, que cada sociedad produce un espacio (*su* espacio) y que el espacio social *contiene* y *asigna* posiciones a las relaciones sociales de reproducción y producción. Es desde aquí desde donde el autor francés defiende el modelo analítico que tanta fama y polémicas le costó, la tríada o *trialección espacial* como se nombra con cada vez mayor frecuencia (Rivera Blanco, 2020; Teelucksingh y Masuda, 2014). Todo espacio social tiene una triple dimensión, a saber:

- El espacio concebido (representaciones del espacio), que corresponde al dominio del pensamiento abstracto y técnico, es decir, al espacio tal como lo producen y utilizan planificadores, urbanistas y tecnócratas. Está vinculado al orden que imponen las relaciones de producción, y se manifiesta como el espacio dominante en cualquier sociedad, impuesto desde arriba a través de códigos, signos y discursos.
- El espacio percibido (práctica espacial), que designa el conjunto de usos y prácticas que articulan la producción y reproducción de la vida social en lugares y configuraciones concretas. Este espacio garantiza una cohesión relativa, pues integra la vida cotidiana de los individuos (trabajo, vivienda, ocio, movilidad) con las redes e infraestructuras urbanas más amplias. Bajo el capitalismo avanzado, esta práctica espacial se hace visible en la articulación contradictoria entre los ritmos de la vida diaria y la organización urbana funcional.
- El espacio vivido (espacios de representación), que se refiere a las experiencias simbólicas, afectivas e imaginarias que los sujetos desarrollan en su relación con el espacio. Incluye imágenes, signos no verbales, expresiones artísticas y narrativas que reinterpretan y resignifican el espacio físico. Se trata del ámbito en el que los habitantes y usuarios experimentan el espacio de forma inmediata, a menudo como un espacio dominado, pero también como lugar de resistencia y reapropiación.

A partir de este modelo analítico, que defiende poder aplicar con igual éxito sobre el cuerpo humano como producto social (Lefebvre, 2013 [1974], p. 99), se abre el resto del libro. Desde su perspectiva, la ideología siempre será una ideología *espacializada*, que se produce y se encarna en lugares concretos, y que tiene una capacidad de acción y de alcance también situada. Sin embargo, la concepción capitalista del espacio niega esto, ya que es la de un espacio abstracto, formal, cuantitativo y homogeneizador, que esconde las diferencias históricas y sociales y aplica una economía espacial en forma de normas de uso, prescripciones, prohibiciones y consagraciones, relegando lo espacial a una mercancía más entre otras. Ante esto, Lefebvre desarrolla la citada máxima de que “cada sociedad produce su espacio” en términos de lucha de clases, como único agente capaz de frenar la expansión del espacio abstracto del capitalismo.

La noción del espacio como producto social no conduce, sin embargo, a un posibilismo voluntarista: el espacio es también para Lefebvre un terreno preexistente y resistente, mediación y a la par obstáculo de dicha mediación, condición y resultado de las superestructuras sociales, forma social polivalente en tanto que producto de consumo, medio de producción e instrumento de dominación (Lefebvre, 2013 [1974], p. 141).

Al igual que Marx trazó las características de la *forma intercambio*, Lefebvre identifica en definitiva la *forma espacio social* como la articulada por el *encuentro*, la *concentración* y la *simultaneidad* (2013 [1974], p. 156), creadora de las contradicciones inherentes entre público y privado, accesible y prohibido, actual y potencial. Con esto, desplaza el marxismo desde una visión eminentemente temporal a otra espacial, abriendo un horizonte, el de la economía política del espacio, que va más allá del análisis económico clásico. Este espacio, *campo* y a la vez *soporte de acción*, bebe con profusión de la concepción leibziniana de espacio relacional, y como tal no adquiere sentido como entidad previa, sino únicamente en y por las relaciones que lo conforman. En este punto se condensa su aporte más radical: el espacio social no es una simple superficie donde se despliegan los procesos históricos, sino una instancia activa que organiza, media y condiciona esos procesos.

### Problemas por resolver

Si volvemos a la distinción planteada por Tonboe (1986), la primera problemática queda clara: a pesar de los matices que expone Lefebvre a lo largo de su obra, su análisis se escora continuamente a un cierto determinismo espacial que conscientemente busca sembrar ambigüedad en cuanto a la direccionalidad de los procesos sociales de producción y reproducción de las fuerzas productivas, difuminando en ocasiones el análisis en lo concreto.

Del mismo modo, la problemática de la escala queda parcialmente irresuelta, ya que el análisis lefebvriano oscila entre grandes conceptos analíticos (la sociedad, el modo de producción, el espacio) y ejemplos concretos escasamente desarrollados. Un ejemplo lo podemos ver en su descripción de la sociedad y el modo de producción feudales, que encarna en espacios “propios” muy concretos como la iglesia o el castillo, sin llegar a desarrollar cómo esos espacios concretos “producen” o “secretan” la sociedad. Así, la espacialidad concreta de Lefebvre queda reducida en la mayor parte de las ocasiones en ejemplificaciones menores dentro de un razonamiento deductivo.

En línea con esta crítica, Kirsch (1995) subsume el proyecto de *la producción del espacio* en un más relevante proyecto de *la producción de la escala*, muy en línea con Neil Smith. Es este último, de hecho, quien plantea otro de los problemas políticos derivados de la indefinición lefebvriana: el de la deslocalización del foco de la discusión política y la lucha de clases, descentrado del mundo laboral y reubicado en el mucho más difuso campo de la reproducción de las relaciones sociales en general (Smith, 1991).

En suma, la radicalidad de Lefebvre reside en haber desplazado la mirada marxista desde el tiempo hacia el espacio, formulando este como producto social y ofreciendo una dialéctica capaz de pensar simultáneamente lo concebido, lo percibido y lo vivido. Con ello abrió un horizonte decisivo: la posibilidad de una economía política del espacio. Será precisamente David Harvey quien, retomando a Lefebvre pero reubicando el análisis en los procesos de acumulación y en la lógica del capital, dé un paso más firme en la construcción de una geografía marxista.

### Harvey y la urbanización del capital

David Harvey se ha convertido en los últimos años en un autor de obligada lectura para gran parte de los movimientos sociales urbanos de todo el mundo, pero su obra trasciende con creces al uso político que de ella se hace. Los principales conceptos por los que se conoce en dicho ámbito al geógrafo estadounidense son dos. El primero es el de *acumulación por desposesión*, proceso similar al de la acumulación originaria mediante el cual el capital se reintegra y expande mediante la apropiación y privatización de recursos, tierras, bienes públicos, y derechos que anteriormente estaban en manos de comunidades, Estados o trabajadores (Harvey, 2004), muy utilizado para explicar fenómenos como el de la precarización de la vivienda o la gentrificación. El segundo, el de *arreglo espacial* (*spatial fix*), define la estrategia del capital para resolver sus contradicciones internas, especialmente las relacionadas con la sobreacumulación y las crisis económicas, mediante la expansión y reconfiguración del espacio, siendo un ejemplo claro la globalización (Harvey, 2001). En ambos términos encontramos la base de la geografía crítica nacida en los setenta, que buscó integrar las nociones materiales del espacio y el territorio en la lucha de clases, criticando el enfoque excesivamente estatal de la producción intelectual marxista occidental del momento.

De ese “primer” Harvey se puede destacar el seminal *Urbanismo y desigualdad social*, punto de partida de esta geografía crítica, donde en lugar de la pregunta “¿qué es el espacio?” buscar responder a cómo diferentes prácticas humanas crean diferentes conceptos de espacio (Harvey, 1998 [1973]; Katznelson, 1994), o el ambicioso proyecto de *Los límites del capital*, donde busca reconstruir las unidades del análisis lógico marxista (trabajo, capital, dinero) en su movimiento por y a través del espacio (Harvey, 2006 [1982]; Katznelson, 1994). Sin embargo, estas líneas de investigación no resultan especialmente relevantes para el presente artículo, ya que cierran en falso una reflexión más profunda sobre el papel de lo espacial en la teoría social marxista, abogando más por explicar el espacio que por comprender su significado e importancia (Tonboe, 1986).

De hecho, la crítica de Harvey a Lefebvre en estos trabajos se asimila bastante a la planteada por Castells, reduciéndose a una acusación genérica de su supuesto abandono de las tesis marxistas en pro de posiciones casi exclusivamente fenomenológicas. Lefebvre, de este modo, se dibuja como un antecedente necesario para la geografía marxista, pero su relevancia queda en un segundo plano.

Será más adelante, en *Justicia, naturaleza y geografía de la diferencia* donde Harvey se abra a una reflexión onto-epistémica sobre el concepto de espacio, revisando las referencias usadas por Lefebvre sin entablar tampoco un diálogo especialmente extenso con el autor francés. Tras criticar parcialmente lo que llama el “holismo cultural” de Raymond Williams, rescata la aproximación tanto teórica como narrativa del galés a la idea de *arraigo* para lanzarse a resolver los problemas del “particularismo militante” o, dicho en unos términos más cercanos, de la cuestión de la escala y del espacio como construcción social que liga (o no) totalidad abstracta con particularidades materiales (Harvey, 2018 [1996]).

Desde un triple frente (contra el espacio vacío de los liberales, contra la subordinación marxista de la espacialidad al tiempo histórico, contra el énfasis en los particularismos culturales del postestructuralismo), buscará formular un “materialismo histórico-geográfico” que, más allá de la reflexión metodológica inicial, aporte una reflexión profunda sobre el espacio en tanto que cuestión relacional.

Harvey insiste a lo largo del libro en que *espacio, tiempo y lugar* no son contenedores preexistentes, sino que se constituyen en y a través de procesos que, al mismo tiempo, estructuran y limitan la acción, y siempre en contextos atravesados por relaciones de poder (Harvey, 2018 [1996]). Frente a la tendencia a tratarlos como escenarios neutros o separados, propone abordarlos de forma relacional e histórica, reconociendo que las distintas configuraciones espacio-temporales codifican jerarquías, valores e ideologías.

Esta perspectiva desplaza la primacía del tiempo propia de buena parte de la tradición marxista y subraya que la forma-valor y la reproducción del capital dependen también de movimientos de localización, espacialización de intercambios y anclajes materiales concretos. El cuerpo, la experiencia y el *estar-con* se convierten en puntos de partida para comprender cómo emergen *permanencias* relativamente estables dentro de un flujo de procesos, cómo se coordinan múltiples dinámicas en un marco espacio-temporal compartido y cómo coexisten, a veces en conflicto, distintas temporalidades y espacialidades.

El *lugar*, siguiendo una larga tradición en la geografía (Biernacki y Jordan, 2002; Relph, 1976), aparece como cristalización de flujos: una permanencia socio-ecológica con coordenadas físicas y atributos simbólicos, sostenida por procesos que la producen y susceptible de disolverse cuando estos cambian. Para Harvey, su potencia política es ambivalente: puede habilitar prácticas de oposición y creación de heterotopías, pero también derivar en encierros identitarios o ser absorbido por la lógica expansiva del capital. La definición y redefinición de lugares es, por ello, un terreno de disputa en el que pesan la academia, los medios y las industrias culturales.

Con este desarrollo, Harvey amplía y actualiza el horizonte abierto por Lefebvre: el espacio no es sólo producto social ni mero medio de producción, sino una trama relacional inseparable del tiempo y del lugar, donde la materialidad se entrelaza con significados, memorias y afectos. Esta concepción lo acerca a la idea de que el espacio mismo actúa como mediación entre lo económico y lo cultural, articulando hegemonías y contrahegemonías, y abre el paso a integrar la teoría cultural para entender su papel como medio de comunicación cultural-material.

### **Problemas por resolver**

Las críticas tradicionales a Harvey han perdido fuerza en los últimos años: queda claro que la acusación de no tratar el espacio como categoría ontológica propia (Katznelson, 1994, p. 105), o la clasificación temprana como *refleccionista* (Tonboe, 1986) decaen visto el análisis filosófico y teórico de *Justicia, naturaleza...* (Harvey, 2018 [1996]). Lo que sí se mantiene es una distancia muy grande entre el ámbito especulativo y el analítico de sus trabajos: si bien Harvey defiende la pluralidad de consideraciones espaciotemporales a lo largo de la historia y del globo, en sus trabajos posteriores vuelve a caer en una fetichización de la forma ciudad, tratándola como una totalidad difícilmente fragmentable.

Esta limitación se observa claramente en *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*, obra posterior donde los conceptos operativos valiosos vuelven a ser los de *urbanización, suelo y entorno construido*, y no *espacio o lugar*. Parafraseando a Lefebvre, Harvey asevera que los niveles de control de la ciudad que analiza no llegan a alcanzarse plenamente, y que es en esa incapacidad donde aparecen las posibilidades emancipadoras y anticapitalistas (Harvey, 2013, p. 106). Y es justo aquí donde aparece la dificultad que tiene para explicar cómo la forma-ciudad, en su ilusión de continuidad y transparencia, es consecuencia de la concentración de plusvalor y a la vez catalizadora de los movimientos sociales anticapitalistas. A pesar de sus continuas alusiones a lo cotidiano, Harvey sigue adoptando una posición macrosociológica cuando afronta estas cuestiones, abrazando conceptos como el de la metrópolis como bien común en Negri y Hardt (Harvey, 2013, p. 123), o el de la ciudad como una “totalidad”.

Si tratamos de acercarnos un poco más a esta cotidianeidad lefebvriana, la “totalidad” urbana como catalizadora o no de estas luchas entra en cuestión. La ciudad de París no tenía el “fundamento” para los sucesos de la Comuna o la Revolución de 1789. Lo que sí tenía era espacios urbanos que facilitaron y catalizaron estos eventos, de cafés al trazado medieval que facilitaba la construcción de barricadas. Y por la misma razón tuvo tan buena acogida por parte de la burguesía la transformación urbana profunda de Haussmann durante el Segundo Imperio, que acababa con esa forma. Lo mismo ocurre con la ciudad contemporánea, tanto en lo relativo a la producción de espacios y tecnologías de opresión y explotación como en lo relacionado con las resistencias y autoorganizaciones contestatarias.

### **Un callejón sin salida**

El recorrido por Lefebvre y Harvey deja un balance ambivalente. Hemos heredado una distinción nítida entre entorno construido (la ciudad) y formas de vida culturales (lo urbano); una atención sostenida a la escala tanto en los procesos de expansión del capital como en la organización de resistencias anticapitalistas y en los mecanismos de control ideológico; una tradición que, por fin, coloca lo espacial en el centro; y una ontología del espacio como proceso relacional activo en la producción y reproducción de las fuerzas productivas.

Pero también persisten límites importantes. La ciudad mantiene una centralidad tanto escalar como formal que embota el análisis: impide rastrear relaciones, flujos y permanencias más allá (o más acá) de sus fronteras, y funciona casi como la vieja forma Estado-nación, erigiéndose en medida de todo. Asimismo, la articulación entre procesos económicos y culturales queda poco elaborada: se asume una direccionalidad difusa o un supuesto “efecto catalítico” que tendría lugar en las ciudades, sin capacidad para explicar la contingencia y direccionalidad de ciertos movimientos, su distinta fortuna o su declive. En Harvey, particularmente, advertimos una dificultad para salir del dilema planteado por Tonboe entre refleccionismo y determinismo espacial, lo que reduce su potencial ontológico a una polémica intramuros de la geografía crítica.

Estas carencias tienen dos consecuencias de calado. La primera, la tendencia a identificar solo procesos que se amoldan a la forma-ciudad o que alcanzan a la ciudad entera, dejando en los márgenes dinámicas más difusas o reticulares. La segunda, la capacidad de reconocerlos únicamente a posteriori o en pleno desarrollo si cuentan con la atención mediática, lo que impide anticipar o seguir mediaciones emergentes fuera del foco central.

Superar este callejón requiere otra mirada: rastrear los espacios y las relaciones que los tejen, sin reducirlos a la ciudad ni a su escala privilegiada, y entender el espacio social como la mediación que articula lo material y lo cultural. Hacia esa noción de mediación se encamina el siguiente apartado.

### Un jardín cercado: aportes desde el materialismo cultural

Llegados a este punto es importante aclarar que la idea de mediación con la que se trabaja en este texto bebe fundamentalmente de la obra de Raymond Williams y la primera generación de la Escuela de Birmingham. El autor británico se enfrentó a lo largo de su obra con la visión de un determinado marxismo hacia las relaciones entre cultura, sociedad y economía, tildándola de simplista, determinista e institucionalista. En su versión del materialismo cultural defendía que la cultura no es un reflejo de la base económica, sino una dimensión material activa en los procesos productivos. En particular, Williams rechaza un esquema objeto-reflejo que en muchas ocasiones se impone sobre la cuestión cultural y que asume de facto que “el arte” refleja “la realidad”, tratándose dicha realidad de la “producción y reproducción de la vida real” (Williams, 1988 [1977], p. 116). En *Marxismo y literatura* desarrolla esta tesis criticando la reificación de la dicotomía *base-superestructura* dentro del marxismo y proponiendo un análisis más complejo y dinámico de las mediaciones entre economía y cultura. Así, defiende que no se puede reducir la cultura a una simple determinación de la base, ni considerarla como algo completamente autónomo: las formaciones culturales actúan como mediadoras entre las condiciones materiales de la sociedad y las formas de conciencia e ideología (Williams, 1988 [1977]).

Entre la publicación de *La producción del espacio* de Lefebvre y la de *Marxismo y literatura* de Williams tan solo pasaron tres años, compartiendo ambos autores un número considerable de afinidades y preocupaciones a pesar de no existir un diálogo conocido entre ellos: el rechazo al mecanicismo del marxismo dominante, la preocupación por la mediación entre condiciones materiales e ideológicas o una cercanía tangible a las prácticas populares/cotidianas desde una aproximación con vocación empírica. Ahora bien, donde Lefebvre hace una defensa cerrada de la centralidad del espacio como producto social, Williams desarrolla estas cuestiones principalmente en términos comunicativos, en especial relacionándolas con los medios de comunicación de masas y las transformaciones de la cultura popular británica (Williams, 1974, 1980 [1958], 1988 [1977]).

La aproximación a la idea de mediación en Williams, por lo tanto, es explotada eminentemente en términos comunicativos, hasta el punto de que su presupuesto sobre las mediaciones culturales podría quedar descrito más bien como una cierta equiparación entre mediación (cultural) y comunicación (cultural). Podríamos invertir la fórmula de James Carey (que tomó el testigo holístico en torno a lo comunicativo de Williams) de “la comunicación es cultura” (Carey, 2009) y afirmar que, para los primeros estudios culturales, “la cultura es comunicación”: un proceso comunicativo tanto semiótico como material. En esta visión de la mediación, el énfasis se hará principalmente sobre el complejo proceso de decodificación que se da durante la recepción, parte indisociable de la producción cultural massmediática para autores como Stuart Hall (1980)<sup>2</sup>.

Toda esta corriente se articula frente al tecno-determinismo comunicativo encarnado por Marshall McLuhan (2009 [1964]) y su aforismo “el medio es el mensaje”, e intenta teorizar las tecnologías de la comunicación no como agentes independientes, sino como formas sociales: un entramado de decisiones políticas, económicas y culturales que orientan tanto su invención como sus usos (Williams, 1974). Esta comunicación (cultural) como mediación (cultural) tiene, no obstante, sus límites. De una parte, la primacía de lo discursivo fue poco a poco desplazando la centralidad en los estudios culturales de la decodificación de operaciones entre poderes y resistencias hacia un estatuto que Barker y Beezer (1994) denominan de “testigo”, que no se pregunta por las posibilidades, potencialidades y retrocesos que dichas operaciones entrañan y se desvincula cada vez más de un proyecto mínimamente emancipador o crítico. De otra parte, si bien los estudios etnográficos derivados de este paradigma están trufados de imágenes muy plásticas, como ocurre con la “*mediación de la cotidianidad familiar*” al ver la televisión para Martín Barbero (1991, p. 234), dicha plasticidad se queda encallada en lo discursivo y, en el mejor de los casos, en lo técnico-formal, dejando inexplorados sus despliegues materiales.

Queda pendiente, entonces, un paso que una finalmente esta tradición de estudios de la mediación (cultural) como comunicación (cultural) con la aproximación al espacio (social) como producto (social) inaugurada por Lefebvre y actualizada por autores como Harvey. Algunas preguntas surgen ya en el horizonte: ¿Y si la mediación-comunicación señalada por los estudios culturales depende parcialmente de las configuraciones espaciales de ese proceso de producción comunicativa, tanto en su codificación como en su decodificación? ¿Y si los procesos comunicativos massmediáticos que despertaron la fascinación de los estudios culturales se estuvieran produciendo de forma cotidiana fuera del foco de los medios de comunicación de masas, en todos y cada uno de los procesos productivos y reproductivos de la sociedad?

En este sentido, puede trazarse un paralelismo fructífero: si para Williams la “determinación” no equivale a un mecanicismo causal, sino a la fijación de límites y presiones, entonces cabe pensar el espacio como un

<sup>2</sup> En su modelo de codificación/decodificación, Stuart Hall propone 1) una concepción procesual de la producción en la comunicación de masas, 2) incorporar el momento de la recepción en el proceso de producción televisiva, con un papel relevante junto al de circulación, 3) que los mensajes producidos no tienen un “efecto” hasta que no son decodificados en el momento de la recepción, 4) que las estructuras significativas de la decodificación/recepción del mensaje no tienen por qué ser idénticas a las estructuras significativas de la codificación/producción previa (aunque mantienen correspondencias claras), 5) que puede haber posiciones diferentes en la decodificación: hegemónica, negociada u oposicional. Ver Hall (1980), Campbell et al. (2017) o Ross (2011) para más información.



campo en el que esas determinaciones se materializan. De manera complementaria, siguiendo a Hall, podríamos decir que la lógica de codificación se concentra en las representaciones del espacio -planeamientos, dispositivos, retóricas-, mientras que la decodificación ocurre en prácticas y vivencias situadas -usos, memorias, afectos- que no necesariamente convergen con lo codificado.

El desafío teórico que se abre, por tanto, es articular una teoría de la mediación que sea capaz de vincular comunicación y espacio, entendidos ambos no como reflejos o epifenómenos, sino como dimensiones materiales activas en la producción y reproducción de la vida social.

### Pasajes inadvertidos: la mediación espacial en acción

Si hasta ahora la discusión sobre la mediación se ha desarrollado fundamentalmente en torno a su dimensión cultural y comunicativa, conviene dar un paso más y atender a la inscripción material que aquí nos interesa rescatar. En la mayoría de los casos, las mediaciones no operan únicamente como procesos discursivos o simbólicos, sino que se anclan en configuraciones espaciales que facilitan encuentros, sedimentan prácticas y posibilitan reconfiguraciones de las fuerzas productivas. Dichos espacios rara vez fueron tematizados como tales en la teoría marxista o en los estudios culturales, pero han estado siempre presentes, actuando como pasajes benjaminianos de la producción y reproducción social.

Un ejemplo clásico de este funcionamiento inadvertido de lo espacial lo ofrece la reconstrucción habermasiana de la esfera pública burguesa. En *Historia y crítica de la opinión pública*, el autor alemán muestra cómo el ascenso político de la burguesía no se puede entender sin los espacios concretos que posibilitaron la emergencia de la crítica: los cafés londinenses, los salones parisinos, las primeras redacciones o, más tarde, el parlamento y la prensa periódica (Habermas, 1981 [1962]). Aunque en su análisis no los define como mediaciones espaciales en sentido estricto, resulta evidente que su eficacia dependió precisamente de configuraciones espaciales que congregaban a sujetos privados para discutir colectivamente asuntos públicos. De esta manera, las *coffee houses* y demás instituciones de sociabilidad actuaron como soportes materiales y relacionales decisivos en la transición entre el modo de producción feudal y el capitalista.

Otro desarrollo igualmente fértil lo encontramos en *Public Sphere and Experience*, de Oskar Negt y Alexander Kluge, quienes plantean una crítica radical a la esfera pública burguesa rastreando la noción de *esfera pública proletaria* como alternativa emancipadora. Frente a la supuesta universalidad de la esfera burguesa, sostienen que esta fue construida como dispositivo ideológico que excluye sistemáticamente la experiencia y las necesidades de los trabajadores, fragmentando su capacidad de organización. Con este punto de partida reclaman espacios autónomos de mediación donde esas experiencias pueden articularse en común: desde el movimiento cartista y sus periódicos radicales hasta el *Proletkult* soviético o las ocupaciones de fábricas en Italia (Negt y Kluge, 1993 [1972]).

En esta misma línea de Negt y Kluge, Nancy Fraser propone la noción de *counterpublics* o “contrapúblicos” para subrayar cómo distintos colectivos (feministas, obreros, minorías étnicas) han generado espacios discursivos alternativos frente a la exclusión de la esfera burguesa (Fraser, 1990). Algo similar ocurre en un ámbito más reciente con los análisis de Andrés Di Masso, quien destaca el carácter conflictivo e inevitablemente excluyente del espacio público urbano, enfatizando su función como escenario de luchas y apropiaciones (Di Masso et al., 2017). Sin embargo, tanto en Fraser como en Di Masso el acento sigue puesto en la deliberación o en el conflicto como categoría política idealista y abstracta, sin tematizar la dimensión material de esos soportes donde los contrapúblicos efectivamente se inscriben. Lo que aquí se plantea es, precisamente, que esos contrapúblicos no se limitan a ser posiciones discursivas, sino que descansan en configuraciones espaciales concretas que median, habilitan y también limitan la posibilidad misma de su existencia.

Podemos dejarlo ya claro: el espacio opera como un medio de comunicación. A estas alturas se entenderá igualmente que dicho enunciado es más complejo de lo que su sencillez sugiere. Así, se deben recordar los siguientes puntos de llegada:

- El *espacio* es producto y productor: concebido por las instancias de poder, secretado por las prácticas espaciales de sus habitantes, expresado simbólicamente como espacios de la representación. Es un espacio relacional.
- El *medio* aquí no designa un canal informacional, sino una condición ontológica de posibilidad: el espacio organiza (media) los contactos, flujos, accesos y usos posibles entre las condiciones económico-materiales de producción y las potencialidades simbólico-afectivas de las estructuras de sentimiento de una determinada sociedad. Es un medio en tanto que es *mediación*.
- De *comunicación*, en efecto, pero en el sentido que adquirimos revisando los trabajos de Raymond Williams y Stuart Hall: no en tanto que un reflejo ni como un engaño, sino como cultura material, como proceso productivo.

Digamos, pues, parafraseando la ubicua lección de Lefebvre, lo siguiente para aclararnos un poco más: *el espacio (relacional) es un medio (material) de comunicación (cultural)*. Bidireccional pero brutalmente asimétrico. Que nos interpela de manera panóptica pero que guarda infinitud de puntos ciegos y difumina su control conforme nos alejamos de su centro. Un espacio de aparición escarpado, lleno de recovecos, malentendidos, violencias y codificaciones dispares.

Decía Lukács que la mediación (en una acepción algo diferente a la que empleamos aquí) entre teoría y praxis, entre “*el hombre y la historia*” (Lukács, 1970, p. 316), solo puede ser realizada por la forma-partido.

Cabría preguntarse cuáles son los espacios que facilitan o impiden dicha mediación, ya sea esta comprendida entre escalas, entre realidad y experiencia o entre economía y cultura. El partido sin ser espacio de encuentro, sin ser medio (material) de comunicación (cultural), es un cascarón vacío hecho de la misma sustancia metafísica que la esfera pública burguesa. Las prácticas y expectativas que conforman lo hegemónico, volviendo al Gramsci de Williams, se realizan y despliegan espacialmente, en sintonía o en oposición a las configuraciones del espacio concebido, percibido y vivido. Del mismo modo lo hace lo contrahegemónico. La propuesta del *espacio como medio de comunicación* permite buscar en cada contingencia las formas específicas de mediación más allá de su codificación discursiva: el templo premoderno como espacio de mediación concreto con vocación universal (Kurz, 1994, como es citado en Vargas-Muñoz et al., 2022), el entramado urbano medieval en el París revolucionario que Haussmann arrasó, las tabernas-refugio del orgullo obrero (¿esferas públicas proletarias?) en núcleos industriales como el de la Bizkaia del *fin-de-siècle* (Hidalgo García de Orellán, 2018), la urbanización periférica de viviendas unifamiliares como mediación material y aspiracional para la subjetividad neoliberal en el siglo XXI<sup>3</sup>

Cada bloque histórico tiene (desarrolla, produce, *construye*) su propio espacio. Por lo tanto, toda sociedad despliega, en paralelo a una economía política, una (micro)geopolítica cotidiana compleja pero potencialmente cartografiable. Pongamos como ejemplo la ciudad de Madrid, capital del Estado español. Desde la visión más reflexionista y centrada en la forma-ciudad, todo lo que se puede decir de ella ya está teorizado con anterioridad y podría aplicarse directamente sobre ella sin cortapisas, con lo que no vale la pena malgastar palabras en tal empresa. Lefebvre, en cambio, se fijaría seguramente en las representaciones del espacio concebidas por la planificación del PGOUM de 1997, en los espacios de representación desplegados por la promoción turística de la ciudad o en la práctica espacial de las y los habitantes en sus ritmos y rutinas cotidianas al desplazarse de casa al puesto de trabajo. Harvey, por su parte, explicaría con solvencia las lógicas de expansión urbana (véase el Proyecto Madrid Nuevo Norte) en tanto que inversión y aprovechamiento de la plusvalía generada por la ciudad, revisaría con ojo crítico la acumulación por desposesión rentista y miraría con interés, aunque sin voluntad explicativa, las autoorganizaciones urbanas anticapitalistas.

Lo que se propone desde la mediación espacial no es una ruptura con estos valiosos análisis, sino una forma diferente de mirar y de buscar. En primer lugar, abriendo el foco a lo no intencional, a lo inarticulado (Thompson, 1989 [1963]) y a lo ordinario, apostando a que sus espacios también están produciendo conciencia, hegemonía y contrahegemonía. En segundo lugar, asumiendo la posibilidad de fracaso y entendiendo que tal búsqueda puede convertirse en más de una ocasión en una forma de habitar la ruina, de constatar la ausencia de espacios contestatarios o la profunda permeabilidad de la ideología dominante. En tercer lugar, huyendo de prefiguraciones que nos orienten hacia determinados espacios por encima de otros (los espacios de producción/recepción de los *mass media* para los estudios culturales, las instituciones disciplinarias para Foucault<sup>4</sup>) entendiendo que, si la mediación es un proceso espacial y comunicativo, siempre resultará más fácil encontrar los centros de irradiación hegemónica que los ángulos muertos, las prácticas disidentes y las articulaciones subversivas, pero que tales contra-espacios existen y aparecen de forma continua.

La geopolítica de la mediación espacial plantea pues una cartografía compleja en la que se entrecruzan instituciones, prácticas, ausencias, tradiciones, etc., y señala que no es tan importante adivinar dónde surgirá el próximo *Occupy Wall Street*, la siguiente acampada estudiantil contra el genocidio en Gaza o la penúltima gran movilización popular contra tal o cual gobierno, sino identificar aquellos espacios ordinarios que facilitaron la aparición de tales momentos<sup>3</sup>, impidieron el desarrollo de tantos otros o frustraron el más mínimo conato. Universidades, sedes de sindicatos, centros sociales, pero también casas particulares, barrios enteros, plazas o bares que borran continuamente la ambición higienista y transparente que comparten capitalismo y fascismo.

Reconocer el espacio como medio material de comunicación cultural es, en definitiva, una invitación a rearmar el marxismo contemporáneo desde esta cartografía de las mediaciones, capaz de rastrear no solo los grandes relatos de la ciudad o de la economía, sino también las tramas ordinarias donde se juegan cotidianamente la hegemonía y la resistencia.

## Conclusiones. Esto no es una plaza

Que el capitalismo tienda a disolver el espacio en el tiempo no significa que ese proceso sea inevitable ni que deba aceptarse como horizonte. El recorrido trazado ha mostrado cómo el marxismo clásico apenas tematizó lo espacial, y cómo las recuperaciones críticas de Lefebvre o Harvey, aun imprescindibles, han quedado atrapadas en el dilema entre refleccionismo y determinismo espacial, en la centralidad de la ciudad y en un marco escalar limitado. Estas limitaciones conducen a un callejón sin salida que con demasiada frecuencia deviene municipalismo vulnerable por arriba a la economía global y ciego por abajo a las prácticas cotidianas que escapan a su escala institucional.

La propuesta defendida aquí entiende el espacio como medio material de comunicación cultural: no simple correa de transmisión de la dominación, sino terreno de remediaciones, de diálogo y disputa entre economía y cultura. El cierre de centros sociales y otros espacios comunitarios tras la entrada del último equipo municipal en la ciudad de Madrid ilustra hasta qué punto la batalla por la hegemonía es también batalla por el control y la creación de mediaciones espaciales. Frente a ello, los espacios monocanal de la propaganda

<sup>3</sup> El uso de *momentos* aquí no es fortuito; recoge la idea definida por Lefebvre y desarrollada por Fernando Broncano, quien los define como “estructuras de acción que incorporan la circunstancia y la sitúan bajo la luz de la agencia. Son [ ] productores de presencia” (Broncano, 2018, p. 218).

reaccionaria están imponiendo un modelo contrario: unidireccional, abstracto en su identidad virtual, sin apertura ni reapropiación posible.

Pensar el espacio como mediación exige trabajar su triple dimensión: concebido, percibido y vivido. Ninguna, por sí sola, garantiza prácticas emancipadoras: ni el institucionalismo utopista del espacio concebido, ni posibles psicogeografías sin arraigo de la práctica espacial, ni la repetición discursiva vacía de espacios vividos deseados. Lo fundamental es que el espacio nunca está del todo escrito: condensa expectativas, exclusiones, posibilidades y fracasos.

De ahí la apuesta final: sin espacios propios no hay contraesferas posibles. La tarea del marxismo contemporáneo es construir infraestructuras materiales de comunicación cultural que, huyendo del fetichismo de la forma-ciudad y de la mera gestión municipal, abran condiciones para nuevas hegemonías.

## Referencias bibliográficas

- Barker, Martin, y Beezer, Anne (Eds.) (1994). *Introducción a los estudios culturales* (Héctor Borrat, Trad.). Bosch.
- Biernacki, Richard, y Jordan, Jennifer (2002). The place of space in the study of the social [El lugar del espacio en el estudio de lo social]. En Patrick Joyce (Ed.), *The Social in Question. New bearings in history and the social sciences* (pp. 133-150). Routledge.
- Broncano, Fernando. (2018). *Cultura es nombre de derrota. Cultura y poder en los espacios intermedios*. Delirio.
- Burgel, Gallia, Burgel, Guy y Dezes, M. G. (1987). An Interview with Henri Lefebvre [Una entrevista con Henri Lefebvre] (E. Kofman, Trans.). *Environment and Planning D: Society and Space*, 5, 27-38. <https://doi.org/10.1068/d050027>
- Butler, Judith. (1993). *Bodies that matter. On the discursive limits of «sex»* [Cuerpos que importan. Sobre los límites discursivos del “sexo”]. Routledge.
- Campbell, Richard, Martin, Christopher R., y Fabos, Bettina. (2017). *Media and Culture. An Introduction to Mass Communication in a Digital Age* [Medios y cultura. Una introducción a la comunicación de masas en la era digital]. Macmillan.
- Carey, James W. (2009). *Communication as Culture. Essays on Media and Society* [La comunicación como cultura. Ensayos sobre medios y sociedad]. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203928912>
- Castells, Manuel. (1983). *The city and the grassroots: a cross-cultural theory of urban social movements* [La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos]. Edward Arnold.
- Castells, Manuel. (2014). *La cuestión urbana* (Irene C. Oliván, Trad.). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1972).
- Claval, Paul (1993). Marxism and space [Marxismo y espacio]. *L. Espace géographique*, 1(1), 73-96. <https://doi.org/10.3406/spgeo.1993.3192>
- Di Masso, Andrés, Berroeta, Héctor, y Vidal, Tomeu. (2017). El espacio público en conflicto: Coordenadas conceptuales y tensiones ideológicas. *Athenea Digital*, 17(3), 53-92. <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.1725>
- Durkheim, Émile. (2007). *La división del trabajo social* (Carlos G. Posada, Trad.). Colofón. (Trabajo original publicado en 1893).
- Engels, Friedrich. (2006). *Contribución al problema de la vivienda* (Grupo de Traductores de la Fundación Federico Engels, Trans.). Fundación Federico Engels. (Trabajo original publicado en 1872).
- Engels, Friedrich. (2020). *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Akal. (Trabajo original publicado en 1845).
- Fischbach, Franck (Coord.). (2014). *Marx, releer «El capital»* (Francisco López Martín, Trad.). Akal.
- Fraser, Nancy. (1990). Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy [Repensar la esfera pública: una contribución a la democracia tal y como existe]. *Social Text*, 25(26), 56-80. <https://doi.org/10.2307/466240>
- Fu, Yongxuan. (2022). Towards Relational Spatiality: Space, Relation and Simmel's Modernity [Hacia una espacialidad relacional: el espacio la relación y la modernidad de Simmel]. *Sociology*, 56(3), 591-607. <https://doi.org/10.1177/00380385211047366>
- Habermas, Jürgen. (1981). *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública* (Antoni Doménech, Trad.). Gustavo Gili. (Trabajo original publicado en 1962).
- Hall, Stuart. (1980). Encoding/Decoding [Codificar/Descodificar]. En S. Hall, D. Hobson, A. Lowe, y P. Willis (Eds.), *Culture, Media, Language: Working Papers in Cultural Studies, 1972-1979* (pp. 117-127). Routledge.
- Harvey, David. (1989). *Urbanismo y desigualdad social* (Marina González Arenas, Trad.). Siglo XXI.
- Harvey, David. (1998). *Social Justice and the City* [Justicia social y la ciudad]. Basil Blackwell. (Trabajo original publicado en 1973).
- Harvey, David. (2001). Globalization and the «Spatial Fix» [La globalización y el “arreglo espacial”]. *Geographische revue*, 2, 23-30.
- Harvey, David. (2004). The «New» Imperialism: Accumulation by Dispossession [El “nuevo” imperialismo: acumulación por desposesión]. *Socialist Register*, 40, 63-87. <https://socialistregister.com/index.php/srv/article/view/5811>
- Harvey, David. (2006). *Los límites del capital* (Isidro López Hernández, Trad.). Traficantes de Sueños. (Trabajo original publicado en 1982).
- Harvey, David. (2013). *Ciudades rebeldes: del derecho de la ciudad a la revolución urbana* (Juanmari Madariaga, Trad.). Akal.

- Harvey, David. (2018). *Justicia, naturaleza y geografía de la diferencia* (José María Amoroto, Trad.). Traficantes de Sueños. (Trabajo original publicado en 1996).
- Hidalgo García de Orellán, Sara. (2018). *Emociones obreras, política socialista. Movimiento obrero vizcaíno (1886-1915)*. Tecnos.
- Katznelson, Ira. (1994). *Marxism and the City* [El marxismo y la ciudad]. Oxford University. <https://doi.org/10.1093/0198279248.001.0001>
- Kirsch, Scott. (1995). The incredible shrinking world? Technology and the production of space [¿El increíble mundo menguante? Tecnología y producción del espacio]. *Society and Space*, 13, 529-555. <https://doi.org/10.1068/d130529>
- Kurz, Robert. (1994). Der Ende der Politik, Thesen zur Krise des warenförmigen Regulationssystems [El fin de la política: tesis sobre la crisis del sistema de regulación basado en las mercancías], *Krisis. Beiträge zur Kritik der Warengesellschaft*, 14.
- Lefebvre, Henri. (1973). *El derecho a la ciudad* (Javier González-Pueyo, Trad.). Ediciones Península. (Trabajo original publicado en 1969).
- Lefebvre, Henri. (1980). *Critique de la vie quotidienne II. Fondements d'une sociologie de la quotidienneté* [Crítica de la vida cotidiana II. Fundamentos de una sociología de la cotidianidad]. L'Arche.
- Lefebvre, Henri. (1981). *Critique de la vie quotidienne III. De la modernité au modernisme (Pour une métaphilosophie du quotidien)* [Crítica de la vida cotidiana III. De la modernidad al modernismo (Por una metafilosofía de lo cotidiano)]. L'Arche.
- Lefebvre, Henri. (2003). *The Urban Revolution* [La revolución urbana] (Robert Bononno, Trad.). University of Minnesota. (Trabajo original publicado en 1970).
- Lefebvre, Henri. (2004). *Rhythmanalysis. Space, Time and Everyday Life* [Ritmoanálisis. Espacio, tiempo y vida cotidiana] (Stuart Elden y Gerald Moore, Trans.). Continuum. (Trabajo original publicado en 1992).
- Lefebvre, Henri. (2013). *La producción del espacio* (Emilio Martínez Gutiérrez, Trad.). Capitán Swing. (Trabajo original publicado en 1974).
- Lukács, Georg. (1970). *Historia y conciencia de clase* (Francisco Duque, Trad.). Instituto del Libro.
- Martín Barbero, Jesús. (1991). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Gustavo Gili.
- Marx, Karl. (1972). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858, Tomo 2* (Pedro Scaron, Trad.). Siglo XXI.
- Marx, Karl. (2019). *El capital: crítica de economía política. Libro I, El proceso de producción del capital* (Wenceslao Roces, Trad.). Espuela de Plata.
- McLuhan, Marshall. (2009). *Understanding media: the extensions of man* [Comprendiendo los medios: las extensiones del hombre]. Routledge. (Trabajo original publicado en 1964).
- Negt, Oskar, y Kluge, Alexander. (1993). *Public sphere and experience: toward an analysis of the bourgeois and proletarian public sphere* [Esfera pública y experiencia: hacia un análisis de las esferas públicas burguesa y proletaria]. University of Minnesota. (Trabajo original publicado en 1972).
- Relph, Edward. C. (1976). *Place and placelessness* [El lugar y la ausencia de lugar]. Pion.
- Rivera Blanco, Carla. (2020). Tres grietas fracturan la ciudad: el daño social producido por los procesos de gentrificación. *Revista Crítica Penal y Poder*, 20, 267-281. <https://revistes.ub.edu/index.php/CriticaPenalPoder/article/view/31885>
- Ross, Sven (2011). *The encoding/decoding model revisited* [Una nueva mirada al modelo de codificación/descodificación] [Comunicación en congreso]. *ICA Conference "Communication @ the Center"*. Researchgate. <https://www.researchgate.net/publication/346010378>
- Smith, Neil. (1991). *Uneven Development. Nature, Capital, and the Production of Space* [Desarrollo desigual. Naturaleza, capital y la producción del espacio]. Basil Blackwell.
- Smith, Neil. (1992). Geography, Difference and the Politics of Scale [Geografía, diferencia y política escalar]. En Joe Doherty, Elspeth Graham, y Mo Malek (Eds.), *Postmodernism and the Social Sciences* (pp. 57-79). Palgrave Macmillan. [https://doi.org/https://doi.org/10.1007/978-1-349-22183-7\\_4](https://doi.org/https://doi.org/10.1007/978-1-349-22183-7_4)
- Soja, Edward. T. (1990). *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory* [Geografías posmodernas. La reafirmación del espacio en la teoría social crítica]. Verso.
- Soja, Edward. T. (1996). *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and Other Real-And-Imagined Places* [Thirdspace. Viajes a Los Ángeles y otros lugares reales e imaginarios]. Blackwell.
- Šubrt, J., y Titarenko, L. G. (2020). Dimensions of time and space in sociology [Dimensiones de espacio y de tiempo en la sociología]. *RUDN Journal of Sociology*, 20(4), 752-762. <https://doi.org/10.22363/2313-2272-2020-20-4-752-762>
- Teelucksingh, Cheryl, y Masuda, Jeffery. R. (2014). Urban environmental justice through the camera: understanding the politics of space and the right to the city [La justicia medioambiental urbana a través de la cámara: comprender la política del espacio y el derecho a la ciudad]. *Local Environment*, 19(3), 300-317. <https://doi.org/10.1080/13549839.2013.788490>
- Thompson, Edward Palmer. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (Elena Grau, Trad.). Crítica. (Trabajo original publicado en 1963).
- Tonboe, Jerts. Chr. (1986). On the Political Importance of Space. The Socio-Spatial Relations of Trade Unions. Gender, and the Decentralized Danish Welfare State [Sobre la importancia política del espacio. Las relaciones socioespaciales de los sindicatos, el género y el Estado del bienestar descentralizado danés]. *Acta Sociologica*, 29(1), 13-30. <https://doi.org/10.1177/000169938602900102>



- Tönnies, Ferdinand. (2001). *Community and Civil Society* [Comunidad y sociedad]. Cambridge University. (Trabajo original publicado en 1887). <https://doi.org/10.1017/CBO9780511816260.006>
- Vargas-Muñoz, Roberto, Gasic-Klett, Ivo, y Narváez-León, Angelo. (2022). Elements for an Immanent Critique of the Political Economy of Modern Space [Elementos para una crítica inmanente a la economía política del espacio moderno]. *Convergencia*, 29(1). <https://doi.org/10.29101/CRC.S.V29I0.17440>
- Weber, Max. (2014). *Economía y sociedad* (José Medina Echavarría, Juan Roura Parella, Eugenio Ímaz, Eduardo García Máñez, José Ferrater Mora y Francisco Gil Villegas, Trads.). Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1921).
- Williams, Raymond. (1974). *Television. Technology and cultural form* [Televisión. Tecnología y forma cultural]. Fontana. [https://doi.org/10.4324/9780203426647\\_chapter\\_3](https://doi.org/10.4324/9780203426647_chapter_3)
- Williams, Raymond. (1980). *Cultura y sociedad. 1780-1950. De Coleridge a Orwell* (Horacio Pons, Trad.). Nueva Visión. (Trabajo original publicado en 1958).
- Williams, Raymond. (1988). *Marxismo y literatura* (Pablo di Masso, Trad.). Península. (Trabajo original publicado en 1977).